

CON LA FUERZA DEL ESPÍRITU

Queridos diocesanos:

El domingo pasado reflexionábamos sobre el mandato de Jesús a sus discípulos de ser sus testigos, una orden que también nos afecta a cada uno de nosotros. Pero hoy debemos añadir que una clave importante para que este mandato se pueda llevar a cabo es que Jesús, en su resurrección, ha regalado a sus discípulos el don del Espíritu Santo. No sólo les envió a predicar el Evangelio a toda la creación, sino que les dio la fuerza necesaria para llevar a cabo esta misión. Sin el Espíritu de Dios, confiando sólo en nuestras propias fuerzas, es una locura pretender anunciar el Evangelio. Sólo la presencia en nuestras almas del Espíritu de Jesús puede hacer que nuestro testimonio sea convincente y mueva a la conversión del corazón de las personas.

El Espíritu, además, es el que saca a los discípulos de la cerrazón del Cenáculo, disipa los miedos y amplía los horizontes de la Iglesia. Sin el Espíritu, los hombres tendemos a cerrarnos en nuestras pequeñeces y comodidades. El Espíritu es la fuerza que hace abrir las puertas a todos, que ensancha los límites en los que nos cerramos y que nos empuja a proclamar constantemente a Jesucristo hasta que cada uno nos pueda escuchar “en su propio idioma” (Hech 2, 6).

No es de extrañar, por ello, que los últimos Papas hayan insistido en que el Espíritu es el verdadero protagonista de la misión. Contando sólo con nuestras fuerzas y cualidades, no somos capaces ni de pronunciar una palabra de vida ni de ofrecer un testimonio coherente ni, por supuesto, de cambiar el corazón de los hombres. Todo esto es obra del Espíritu, que fue derramado en nuestros corazones en el bautismo y la confirmación.

Tengo la impresión de que cuando planificamos nuestra acción pastoral, contamos demasiado con nuestras fuerzas y nos olvidamos de que sólo el Espíritu garantiza que una persona se pueda convertir en discípulo de alguien que vivió hace dos mil años. Sólo ese Espíritu puede hacer sentir que Jesucristo está vivo. Y sólo el Espíritu nos ayuda a ponernos en dinámica evangelizadora. Por eso es un absurdo vanagloriarnos de los frutos apostólicos obtenidos o pensar que se deben a nuestras cualidades o méritos. El único protagonista es el Espíritu, que obra en nosotros y a través nuestro. San Pablo decía: “no he sido yo, sino la gracia de Dios conmigo” (1 Cor 15, 10).

Por esto, toda nuestra acción pastoral y, en general, toda la vida cristiana debe ser una continua “epiclesis”, es decir, una invocación del Espíritu. Después de la Ascensión, comienza la época del Espíritu, que es el tiempo en que vivimos. Es necesario invocarle con fe para que derrame su gracia sobre el mundo y para que siga dando fuerza a su Iglesia para anunciar las maravillas de Dios a todos los hombres. “¡Ven, Espíritu Santo!”, ven Espíritu de Jesús, Espíritu de verdad y de amor, y ayuda a esta Iglesia de Menorca a abrir las puertas y salir con paso firme a proclamar el Evangelio.